

Cristián Arcos

Enemigo interno

**UNA HISTORIA DEL PEOR AÑO
DE NUESTRAS VIDAS**

 **Planeta**

Uno

El 14 de marzo del 2019 fui despedido por primera vez en mi vida. Sucedió un jueves por la mañana. Algunos días se resisten al olvido. Se alojan allí por demasiado tiempo, mucho más de lo prudente. Ciertos días, sean buenos o malos, duran mucho más que solo un día.

Llevaba dieciocho años trabajando en Chilevisión (CHV). Soy periodista y era, hasta ese jueves, el editor de la sección de deportes y comentarista ocasional en diversos informativos. Circulaba por los pasillos del canal con la templanza de quien mantiene un empleo estable en medio de una crisis generalizada en los medios de comunicación. En *Crónica de una muerte anunciada*, de Gabriel García Márquez, todos sabían que a Santiago Nasar, el protagonista, lo iban a matar, menos él. Ese jueves muchos sabían que me iban a despedir, menos yo.

Al igual que todos los días llegué alrededor de las nueve de la mañana tras dejar a mis hijos menores en el colegio. Elisa llevaba su ukelele para la clase de Música, mientras que Antonio tenía prueba de Matemáticas. Con el rostro somnoliento y el cabello enmarañado, ambos bajaron del auto murmurando su dosis diaria de protesta.

La jornada comenzó con el mismo ritual del día anterior y el anterior a ese: reunión de pauta general con los editores de cada área. Propuse un par de temas a desarrollar y recibieron buena acogida por los mandos medios

y superiores. No había señales o pistas de un inminente despido. Teníamos mucho trabajo y varias coberturas pendientes. Pocas semanas atrás planificamos directrices y estrategias para los principales eventos deportivos del año. Separamos los imprescindibles de los habituales, dejando espacio para los imponderables. Fijamos presupuestos, nombres propios, viajes. Las tareas postergadas provocan la falsa sensación de que te acercas a ser alguien esencial e irremplazable. Y nadie lo es.

La reunión de editores duró alrededor de cuarenta minutos. Después me junté, como todos los días, con el equipo encargado del bloque deportivo de Chilevisión y CNN. Seis periodistas a los cuales conocía hace muchos años (varios de ellos fueron contratados bajo mi gestión como editor del área). Fui reportero de deportes por más de una década antes de asumir la jefatura de la sección en diciembre del 2012.

Armamos la parrilla de trabajo para ese jueves. Teníamos una entrevista realizada el miércoles a un joven entrenador que aparecía como la promesa del campeonato chileno, Francisco Meneghini, técnico de Unión La Calera. Se jugarían algunos partidos en Europa con presencia de reconocidos futbolistas nacionales. Coordinaríamos con los colegas del Canal de Fútbol (CDF) la cobertura de los equipos locales. Chilevisión era un canal que pertenecía al grupo Turner, cadena internacional propietaria de varias señales. En Chile eran dueños de CHV, CNN y, recientemente, del poderoso CDF, que luego sería TNT Sports.

En diciembre del 2018 todas las estaciones desembarcaron en el mismo lugar físico. El sitio eran los terrenos de la antigua fábrica textil de la familia Yarur, al sur de la comuna de Santiago, muy cerca de los Tribunales de

Justicia y la ex-Penitenciaria. En la década de los años cincuenta los Yarur edificaron una villa alrededor de su fábrica para que allí habitaran sus trabajadores. Años después ya no existía la fábrica y los trabajadores habían partido, pero el barrio quedó asociado para siempre con el apellido de esta familia de inmigrantes palestinos. Pasaje Yarur. Plaza Yarur. Edificio Yarur.

En los primeros años del siglo **xxi** el paño fue adquirido por el entonces dueño de Chilevisión, el empresario Sebastián Piñera. El plan original era trasladar la cadena televisiva a ese lugar y construir una verdadera “ciudad de las comunicaciones”. El proyecto tardó demasiado en materializarse pues Piñera cambió de idea a mitad de camino. Se transformó en presidente de Chile dos veces y debió vender el canal al mejor postor, que en este caso fue Turner Company. Ahí, donde antes dominaban las telas y las tijeras, ahora había cámaras, micrófonos y equipos tecnológicos de alta gama. Ahí, cerca del Parque O’Higgins, intentábamos hacer periodismo y televisión.

Nunca quise trabajar en la tv. No era mi objetivo cuando comencé a estudiar Periodismo. Yo quería escribir. Lo que fuera y donde fuera. Diarios, revistas, libros. Crónicas, reportajes, reseñas o críticas. La televisión fue un amor adquirido, casi a la fuerza al principio, pero muy genuino.

Cuando anuncié que quería ser periodista la reacción en mis parientes y amigos fue variando: primero sorpresa, después incredulidad y angustia. El más callado de todos no podía ser periodista. La imagen que existe del reportero es la de un profesional audaz, comunicativo, extrovertido, inquisidor, atrevido. Yo no era eso.

Siempre fui un muy buen alumno, con excelente promedio de notas. Mis cercanos creían que me inclinaría

por una carrera tradicional, esas que provocan que los padres inflen el pecho de orgullo. Ser médico, abogado, ingeniero, arquitecto. Periodista estaba muy lejos de cumplir esas expectativas.

Me crié en un barrio donde casi no había universitarios. Población Guaiquillo, tercera etapa, ciudad de Curicó. El sector está ubicado junto a la línea del ferrocarril, a un costado del río del mismo nombre. Toda mi educación fue pública, estatal, en colegios con letras y números, cuyos nombres se asemejaban a los de un submarino atómico: F-247 de Santa Rosa, comuna de Sagrada Familia; E-15 de Curicó y el Liceo de Hombres A-3 Luis Cruz Martínez.

En la Guaiquillo ir a la universidad aparece como la meta anhelada, un sitio reservado para muy pocos. Con los años te das cuenta de que es solo el principio de una larga ruta. Para muchos ingresar a la educación superior es un trámite, un camino obvio. Para nosotros rozaba el milagro.

Cuando creces donde yo crecí, la mayoría de tus compañeros, amigos, familiares, no ingresan a la universidad. No hay fracaso o frustración pues no alcanzas ni a pensar en esa opción. Simplemente no existe. No puedes perder aquello que nunca tuviste, eso a lo que jamás tendrás acceso. Es potente cuando te quitan la esperanza, pero es mucho más doloroso cuando ni siquiera existe.

Tú, que tienes buenas notas y eres un estudiante de selección, tendrás una oportunidad. Una sola. Y si no la aprovechas te quedas, porque no habrá más.

Tú serás utilizado por el sistema como ejemplo para demostrar que la estructura funciona, pero no es así. Eres un lunar, apenas un punto en el mapa. Una excepción, no la obra del mérito.

Si obtienes el puntaje suficiente y eres aceptado en una universidad de prestigio, te transformas en la celebridad del barrio. Yo fui esa celebridad del pasaje H de la población Guaiquillo de Curicó en el verano de 1994 tras rendir la Prueba de Aptitud Académica.

Siempre quise ser periodista. Era mi secreto. No lo compartí con mucha gente en mi infancia. Existían algunos indicios: mi afición a la lectura, mi interés por los temas contingentes desde muy pequeño y sobre todo, mi fanatismo por los deportes, en especial por el fútbol.

Voy al estadio desde antes de mis recuerdos. Mi abuelo, Osvaldo Arcos Méndez, fue árbitro de primera división, además de dirigente amateur en diferentes ramas deportivas. Fue uno de los cinco socios que fundaron el Club de Deportes Curicó Unido el 26 de febrero de 1973, entidad que reunió diversas agrupaciones desperdigadas por la ciudad. Antes de eso, Osvaldo Arcos Méndez era hinchista de la Unión Española. Desde su fundación, no tuvo otros colores para alentar que no fueran el blanco y rojo de este nuevo club. Quedó registrado como el socio número cinco. No existía para don Osvaldo mayor orgullo que llevar a la cancha a su nieto mayor, Cristian. Lo acompañaba a los partidos, al vestuario de los futbolistas, a las reuniones de directorio o a los viajes del plantel. Prácticamente no hubo estadio de tercera o segunda división que no conociera siguiendo al “Curi” con mi abuelo. Seguramente jamás se lo propuso, pero incubó en mí el fanatismo por ver correr una pelota. Eso sí, rápidamente me di cuenta de que no tenía aptitudes para jugar al fútbol, así que decidí contárselo a quien quisiera oírlo o leerlo.

Cerca de las 11 de la mañana de ese jueves 14 de marzo del 2019 comenzaron los murmullos en los pasillos de Chilevisión. El rumor era que ese día “pasaría el león”.

Así se dice entre periodistas cuando se avecinan despidos. Tres de mis compañeros de sección fueron citados, simultáneamente, a reunión con distintos editores en diferentes dependencias del canal. Los tres me preguntaron si yo sabía algo. Estaba tan sorprendido como ellos. Nadie me había entregado ninguna información y yo era su jefe directo. A todas luces era una situación inusual.

Nadie lo dijo, pero intuimos que ese tipo de charlas terminaba, la mayoría de las veces, en un despido. Llamé a una de mis jefaturas y me respondió con un lacónico “no puedo hablar ahora”. Su voz era un susurro, un hilo. Le escribí un mensaje a otro de los editores y su contestación fue similar. “Estoy ocupado, te escribo en un momento”. La sensación de derrumbe era inevitable. Mi primera reacción fue de molestia. Intenté localizar con urgencia a los jefes mayores para protestar por lo que estaba pasando. ¿Por qué citan a mi equipo de trabajo sin consultarme? Estaba dispuesto a renunciar, a irme con ellos si eran despedidos sin considerar mi opinión. Hasta ese jueves 14 de marzo del 2019 nadie me había solicitado evaluación alguna sobre el desempeño laboral de los integrantes de la sección. Lo que aún no sospechaba era que mi nombre también figuraba en la lista de despedidos. Hasta ese día yo creía que si hacías bien tu trabajo, cumplías con las normas, eras responsable, colaborabas en equipo, mantenías tu puesto sin riesgo.

Cuando la secretaria de redacción me dijo que una alta ejecutiva me esperaba en su oficina, caí en lo evidente. Sentí que los ojos de todo el departamento de prensa se posaban sobre mí, aunque es probable que nadie me haya mirado en ese momento. La distancia para llegar al edificio corporativo, donde los gerentes tienen sus oficinas, no

era superior a treinta pasos, pero el trayecto me pareció interminable. Era como marchar hacia el patíbulo.

Subí a paso lento por la escalera hasta llegar al segundo piso. Se juntaron mil imágenes en mi cabeza. El primer pensamiento fue la inminente debacle económica. Todo lo demás era secundario. Cálculos matemáticos con respecto a las deudas contraídas, el crédito que recién había solicitado para aliviar un poco la carga, el colegio de mis hijos más chicos, la universidad del mayor, el dividendo de la casa donde ellos vivían, el arriendo del departamento donde yo dormía.

Mientras me dirigía a la oficina de la alta ejecutiva podía sentir la vibración de mi teléfono celular, guardado en el bolsillo derecho de mi pantalón. No quise mirar. Intuí que eran mensajes de compañeros.

La secretaria me solicita esperar un par de minutos. Me dice que la alta ejecutiva está por finalizar una reunión pactada previamente. Se abre la puerta y sale uno de mis compañeros citados. Nos conocíamos hace años. No fue necesario que dijera palabra alguna para comprender que lo acababan de despedir y que ahora sería mi turno.

La alta ejecutiva estaba acompañada por un alto ejecutivo, quien no abrió la boca durante la charla. Fue breve. No superó los diez minutos. Me expusieron lo que ya sabía: el canal estaba en un periodo de reestructuración que incluía varias etapas y debían tomar decisiones difíciles. Unir equipos era una de esas nuevas determinaciones, lo que significaba, irremediablemente, reducir áreas. Deportes era una de ellas. Me explicaron que mi cargo dejaría de existir pues se fusionaba con el del Canal del Fútbol. Lo extraño del caso es que esa misma tarde, en otro punto de Santiago, un colega anunciaba que dejaba sus labores profesionales pues partía a reemplazarme. O fue una

negociación extremadamente rápida, con acuerdos casi inmediatos, o se venía fraguando desde hacía tiempo. No era cierto que mi cargo dejaba de existir. Apenas cambiaba de nombre.

No hubo gritos, ni malas palabras, ni altercados. Al contrario. La alta ejecutiva fue muy amable y cordial. Me agradeció por los años de servicio, destacaron mi nivel profesional, aunque antes de despedirse remarcó un rasgo que ya me había advertido en alguna charla previa. Mi carácter silencioso, retraído, me jugaba en contra. “Eres muy piola”, me dijo, como si eso fuera un defecto. Según yo es la única cualidad que poseo.

—Le agradezco sus palabras, pero debo decirles que están cometiendo un error —agregué.

No me respondió. En lugar de eso abrió una carpeta marrón que tenía sobre la mesa, bajo un lujoso bolígrafo. Contenía todos mis antecedentes y el cálculo preciso del monto que me pagarían por los años trabajados en la empresa. Simulé escucharla con atención, mientras mi mente comenzaba a atar cabos sueltos. Señales, pistas que no vi o no quise ver: la insistencia en que me tomara la mayor cantidad de vacaciones posibles durante el verano. Semanas antes habíamos filmado un anuncio publicitario, además de una tediosa sesión fotográfica. Varias de esas imágenes fueron instaladas en los pasillos del canal a modo de promoción. Un día, desaparecieron. No solo las quitaron, estaban rajadas. Le hice notar a esa misma alta ejecutiva mi molestia pues me parecía una falta de respeto contra todos los miembros del área. Me encontró razón. Dijo que investigaría personalmente para averiguar quiénes habían sido los responsables, pero nunca se supo. En los últimos meses había recibido dos ofertas para irme a

trabajar a otro canal de deportes. Me pidieron que me quedara pues me consideraban parte del proyecto.

La alta ejecutiva terminó de hablar y se despidió de mí con amabilidad. El otro alto ejecutivo me estrechó la mano respetuosamente. Antes de irme, ella me tomó del brazo y con una diligente sonrisa agregó su último comentario:

—Cristiancito, con el tiempo verás que te estamos haciendo un favor.

Cerró la puerta y me fui.